RESUMEN DEL CAPITULO II.

Las elecciones.—Triunfo de la fórmula Madero-Pino Suárez.—La protesta de ley y la toma de posesión del nuevo Presidente.—Regocijo popular en la capital de la República.—La primera chispa de la contrarrevolución.—Los primeros pasos del gobierno del señor Madero.

CAPITULO II.

De Revolucionario a Presidente.

Analizados severamente los primeros actos del señor Madero, ejecutados en plena actitud política desde el momento en que hizo su entrada triunfal a la ciudad de México, según acabamos de ver en el capítulo anterior, nada más natural que esperarse que aquella serie de desaciertos cometidos, no pararían ahí, y que aun le quedaban a México por ver acontecimientos más dolorosos que los que dejamos brevemente reseñados en las páginas anteriores de este libro.

Y así fué, desgraciadamente.

Los errores, los caprichos, los actos arbitrarios del señor Madero y de sus favoritos, los miembros del Partido Constitucional Progresista, se sucedían ante los ojos atónitos de las multitudes, sin ninguna interrupción, hasta el grado de haberse formado con ellos una larga cadena a la que quedaba nuevamente sujeto todo ejercicio en materia de libertades públicas, y muy señaladamente, la libertad de sufragio.

Al terminar la revolución, revolución que había enrojecido nuestros campos con la sangre de más de catorce mil mexicanos, dizque para reivindicar derechos conculcados, los tiranizados de ayer se convertían en tiranizadores de hoy; sólo que en el cambio; los nuevos, de un origen demagógico, perfectamente definido, resultaban más crueles, más despóticos, más despiadados que los que dejaban de ejercer el oficio de largos años atrás.

La tiranía de los adinerados había venido a tierra, produciendo, al caer, el terrible estrépito de una enorme montaña que se derrumba; pero muy pocos momentos después, por sus escombros trepaba a grandes saltos la tiranía de los desarrapados, que llegaba al poder sedienta de venganza, de apetitos desordenados, de odios crueles y salvajes.

Tal era el cambio que irónicamente nos traía envuelto en sus pliegues la bandera de la democracia.

* * *

El señor Madero había declarado enfáticamente, con motivo de la aceptación que el señor general Reyes había hecho de su candidatura a la Presidencia de la República, que la campaña electoral sería honrada y serena bajo todos conceptos; que la lealtad más grande presidiría a este respecto todos sus actos y los de sus partidarios, y, por último, que cuantos candidatos surgieran a la lucha gozarían de la más amplia libertad de sufragio.

Veamos, sin embargo, cómo cumplía el señor Madero sus prometimientos, y qué triste espectáculo de falta de civismo y de cultura, provocado por maquinaciones innobles del Constitucional Progresista, ofrecía una multitud enfureciada, a los ojos de propios y extraños, en la misma capital de la República, apenas emprendidos los primeros trabajos en pro de otras candidaturas opuestas a la del "leader", don Francisco I. Madero.

Nos referimos a la postulación en favor del señor general don Bernardo Reyes.

El Comité Central del Club Reyista organizó una manifestación pública que debería efectuarse el domingo 3 de septiembre de 1911 en honor del divisionario de referencia, y en la cual tomarían parte todas las agrupaciones simpatizadoras de dicha candidatura.

El director de la manifestación, señor doctor Samuel Espinosa de los Monteros, un incansable defensor de la candidatura Reyes, hizo trabajos de muy activa propaganda para asegurar el éxito de la manifestación, que se vió notablemente concurrida.

Como resultado, en efecto, de aquella propaganda, y simpatizando, con la candidatura del señor Reyes, infinidad de personas de nuestra clase media, clase consciente, que por los errores cometidos por el señor Madero hasta aquella fecha, sacaba deductivamente futuros acontecimientos desastrosos para el país, en el casi seguro triunfo de la candidatura del "leader", había concurrido al lugar de aquella manifestación—calle del Apartado—en la que desde las nueve de la mañana, el director general de la manifestación, señor de los Monteros, teniendo por ayudantes a los señores Alberto Guevara, Luis Alfonso Pérez, F. de Castro, licenciados Bonales Sandoval y Enrique de Keratry, Nicolás Cisneros y Santiago Gutiérrez, empezó a organizar la columna

de manifestantes, cuyo número, ya crecido desde un principio, aumentaba considerablemente a cada momento.

Aquello, no obstante, amenaza terminar de una manera desatrosa, debido a la presencia de no pocos individuos sospechosos, pertenecientes en su mayoría al pueblo bajo, que asumiendo primero una actitud espectante, empezaron después a manifestarse hostiles contra todas las personas que tomaban parte en la manifestación que nos ocupa.

Las agrupaciones políticas y gremios de obreros, estudiantes, sociedades mutualistas, etc., que iban llegando al lugar de la cita eran objeto de burlas y de demostraciones un tanto agresivas, de parte de aquellos individuos cuyas filas estaban siendo engrosadas por un gran número de muchachos que no cesaban de lanzar gritos y silbidos contra los reyistas, quienes, no obstante, se conservaban en sus puestos guardando el mayor orden y compostura y dando un alto ejemplo de cultura y de respeto a la sociedad, que contrastaba notablemente con la actitud desordenada e intemperante de quienes no simpatizaban con aquella manifestación, o eran azusados como una jauría en contra de ella.

En estas condiciones cada vez más difíciles, la columna de manifestantes, rodeada por todas partes por aquella compacta muchedumbre que incesantemente lanzaba vivas a Madero y mueras al general Reyes, la columna avanzó por las calles del Reloj hasta llegar a la Plaza de la Constitución, sin que se hubiera registrado, afortunadamente, ningún incidente digno de mención; pero al tomar la manifestación por la Avenida de San Francisco, los contramanifestantes definieron su actitud, resultando agresiva, y empezaron a arrojar sobre la columna de reyistas, pedazos de asfalto arrancados del pavimento; acto este que produjo un desorden espantoso, que el piquete de Gendarmería Montada, destinado a conservar el orden, era impotente para reprimir.

Ya casi en plena desorganización, los manifestantes, que a pesar de la violenta agresión de que estaban siendo víctimas, procuraban no perder su serenidad y corrección, seguían su itinerario en el que estaba comprendida la Avenida Juárez; pero al llegar a la Plazuela de Guardiola fueron atacados por sus adversarios de tal manera que fué ya materialmente imposible seguir adelante, habiendo sido entonces cuando el desorden, la confusión y espanto que causaba aquella multitud desenfrenada y ciega, llegaba a su más completo desarrollo.

Los contramanifestantes, cuyo número pasaba de mil se habían provisto de pedacería de mármol tomada de las obras del Teatro Nacional y empezaron una agresión verdaderamente brutal sobre los manifestantes reyistas, quienes antes de contestar el ataque en la misma forma prefirieron huír en desbandada, procurando poner término, cuanto antes, a aquel vergonzoso incidente, que hablaba de manera muy triste de cómo sabemos entender en México la democracia.

"Los guijarros—dice un diario de información, de aquella fecha—volaban, y hubo momentos en que eran no menos de trescientos los que el repórter veía en el aire. El automóvil en que iban las señoritas Elena y Magdalena de la Fuente, Merced Rojo y

Elena Rubalcaba, fué lapidado sólo porque portaban dichas señoritas ramilletes de claveles rojos; algunos estandartes fueron arrebatados a los portadores e incendiados en la mitad de la Avenida; el señor Subcomisario de la Cuarta Comisaría, Carlos I. Flores, fué herido por un guijarro, en una oreja, y unos rateros, aprovechándose de la confusión, le robaron su cartera y la placa. Mientras, los gritos aumentaban y aumentaba la pedriza, a tal grado, que la manifestación quedó disuelta de hecho. El señor de Keratry andaba con el traje lleno de tierra y lodo; recibió en la espalda no menos de cincuenta guijarros. Fué protegido por la Montada, que en aquellos momentos era reforzada, lo mismo que la de a pié. Esta última, ordenada en cadena, avanzó sobre los contramanifestantes, pero fué repelida por éstos.

Cuando la cadena de gendarmes avanzaba sobre los contramanifestantes, éstos advirtieron que frente a Corpus Christi venía el señor general Reyes, acompañado de su hijo, el señor licenciado don Rodolfo Reyes y los señores licenciados Peón del Valle y Reyes Retana. Se dirigieron sobre ellos y se reanudó el ataque a pedradas. Un grupo de gendarmes montados que iba a proteger al divisionario y que llegó hasta frente del monumento de Juárez, fué amenazado por varios de los contramanifestantes que desde el monumento, pistola en mano, gritaban:

—¡Vénganse, cosacos!....

La pedriza continuó fenomenal sobre los gendarmes y sobre el grupo que acompañaba al divisionario, que avanzando bajo aquella lluvia y entre aquella grutería hostil, llegó hasta la fotografía

"Daguerre" (1) y penetró al interior, subiendo con sus acompañantes al entresuelo, y apareciendo en un balcón dijo a los contramanifestantes:

—Todo, todo por la Patria!

En la Avenida la gritería aumentó y la pedriza se dirigió al divisionarrio quien abandonó el balcón; apareciendo después los señores Guevara y Bonales Sandoval y tuvieron que retirarse, pues fueron lesionados a pedradas. Los cristales de las casas fueron hechos pedazos; la fachada quedó acribillada y la banqueta cubierta de piedras, terrones y ladrillo de los que limitan los prados de la Alameda y que fueron desempotrados para que sirvieran de proyectiles.

La Montada que, no obstante andar sable en mano, quería calmar con sólo su presencia la actitud de los contramanifestantes, fué lapidada varias veces....."

Y como resultado final de aquella contramanifestación **democrática** del maderismo, la policía registró más de cuarenta heridos, entre los que se contaban el Sub-Comisario Flores, los señores licenciados Keratry y Peón del Valle y el señor ingeniero Beave. Además, los señores gobernador del Distrito y subsecretario de Comunicaciones, fueron gravemente injuriados por la muchedumbre.

Ahora bien, ¿pesa sobre el señor Madero y sus allegados, los señores del Partido Constitucional

(1) Muy pocos meses después el señor Francisco I. Madero, sobre cuya responsabilidad moral pesaban los tristes acontecimientos que relatamos, se refugiaba en el mismo establecimiento en momentos en que partidarios del señor Félix Díaz hacían fuego sobre él. Esta coincidencia encierra una enseñanza.

Progresista, alguna responsabilidad sobre los deplorables sucesos que acabamos de narrar a grandes lineas?

Incuestionablemente sí, puesto que los hechos que dejamos consignados para escarnio de aquellos falsos patriotas, no fueron actos espontáneos de la multitud ignara que los había ejecutado. Esta no había sido más que instrumento, torpemente esgrimido a la sombra de la impunidad por un grupo de agitadores sin conciencia, pertenecientes todos ellos al grupo del Constitucional Progresista, llamado desde entonces, acertadamente, el partido de la "Porra".

Está fuera de toda duda, que individuos de esta nefasta filiación empredieron el día de los acontecimientos la ingrata tarea de repartir alcohol entre la gente baja del pueblo que formaban la inmensa mayoría de los contramanifestantes, la cual, además, era pagada y azuzada para la comisión de los salvajes atentados que dejamos descritos.

En carretelas de sitio, algunos grupos de maderistas de la más refinada demagogia, dirigían la palabra al pueblo exitándolo al desorden y al crimen, y, por último, es público y notorio que los conocidos "leaders" maderistas Juan Sánchez Azcona y licenciado Jesús Urueta, visitaron en un auto el lugar de los sucesos cuando éstos se desarrollaban en su mayor intensidad, sin que los expresados señores hubieran procurado serenar a la multitud y refrenar aquel horrible desbordamiento de pasiones mezquinas, cosa que muy bien hubieran podido lograr sin gran esfuerzo, dado el gran ascendiente que entonces tenían sobre el pueblo, y que sin embargo no

intentaron siquiera; lo cual equivalía seguramente a autorizar aquellos actos del más abominable salvajismo, puesto que los expresados "leaders" eran los principales directores del maderismo en acción.

¿Podría después de esto, quedar el señor Madero libre de toda responsabilidad en los actos punibles de que hablamos? Es innegable que no y su responsabilidad resulta tanto más sensible cuanto que dicho señor no sólo no condenó jamás aquella contramanifestación, sino que alguna vez, como veremos más adelante, la comentó con marcadas muestras de aprobación.

¿Cómo era posible que aquel hombre, con aquella gente y con aquellos procedimientos hubiera podido más tarde hacer un buen gobierno?

Veámos ahora, las declaraciones que hizo a la prensa el señor general Reyes con motivo de los atentados de que había sido víctima.

"Ya desde antier, (1)—dice el divisionario de referencia,—tenía noticias de que la gente que trabajaba en las obras del desagüe, dependientes de la Secretaría de Comunicaciones, en vez de ser pagada en sus respectivos campamentos el sábado, había de ser citada a la capital el propio sábado, a fin de que hoy domingo contribuyera a evitar la manifestación reyista. No creía yo que elementos del propio gobierno enviaran a los maderistas para obrar en conjunto; pero de todos modos mandé dar aviso del caso al señor Presidente, quien expuso que de ser cierto lo que expresaba, lo evitaría.

Sin duda que dió las órdenes conducentes, pero

(1) Viernes 1o. de septiembre 1911.

acaso fueron eludidas, porque supe que de esa gente había tomado parte alguna en la contramanifestación de hoy. Sea como fuere, visto de mi parte en la mañana que no se me anunciaba haber quedado organizada, a eso de las diez me dirigí a una casa que tenía preparada en la Avenida Juárez, desde cuyos balcones pensaba dirigirme a los manifestantes; pero los encontré, habiendo rebasado la casa dicha en todo el largo de la Alameda.

Visto esto y visto que venían en desorden por estar cortadas sus filas por grupos de maderistas, me bajé del automóvil en la esquina de la Avenida Juárez y Revillagigedo, me aproximé a un grupo de maderistas para dirigirme a la expresada casa, con motivo de lo cual hubieron de contramarchar los manifestantes reyistas a mi lado y rodeado de ellos, llegando al lugar que, como he dicho, tenía preparado de antemano, subí a los balcones e intenté dirigirme a los manifestantes y contramanifestantes que estaban al pié de ellos.

En todo el trayecto que anduve a pié, fuí objeto de voces injuriosas y de ultrajes por parte de los maderistas, que al través de las filas de la policía lanzaban piedras que hirieron a varios de nuestros acompañantes. Así, cuando salí a los balcones, la lluvia de piedras se hizo más nutrida, causando nuevas heridas entre las personas que estaban a mi lado.

La gritería se aumentó, y apremiado por todos los que me acompañaban, me retiré del balcón hacia el interior de la casa. Siguieron las piedras rompiendo puertas y vidrios y la policía montada que se encontraba en la calle frente a la expresada casa, seguramente por no tener órdenes para esto, toleró una hora más o menos el escándalo de que hago mérito, no obstante que también sobre ella hacían puntería los lapidadores.

En tales circunstancias, solicité por teléfono, del señor Presidente, que me autorizara para darme por mí mismo, ayudado de mis compañeros, las garantías que me eran necesarias, pues que la presencia de la policía, inmóvil no sólo era ineficaz, sino que ataba nuestras manos por la engañosa apariencia de que daba seguridad para nosotros. A esto se sirvió contestarme el señor Presidente que no obráramos por sí mismos, pues que en el acto daba disposiciones para que, por tropas competentes, se procediera con energía contra la multitud, cuyo número sería de tres mil quinientos hombres, muchos ebrios y todos dirigidos por personas que les habían venido repartiendo vino, pulque, dinero, piedras y tuercas viejas de fierro para que les sirvieran de proyectiles.

Un cuarto de hora después de lo dispuesto por el señor Presidente, llegó el inspector de policía que recibió un golpe en la cara y el cual ordenó desalojar la muchedumbre, habiendo sido auxiliado por un escuadrón de caballería. La multitud, tan sólo al amago de esa fuerza se retiró y esto demuestra que a haberse procedido desde el pricipio en esa forma, no hubiera sucedido en la culta capital de la República el atentado salvaje a que acabo de hacer mención. Apenas despejado el frente de la casa donde yo me hallaba, monté en un automóvil con ocho personas que me sirvieron de compañía y me dirigí a Chapultepec donde le hice una exposición

de los hechos al señor de la Barra, habiendo dictado en mi presencia diversas disposiciones tendentes a dar tranquilidad a la ciudad alarmada, por los sucesos ocurridos y a dar personales garantías a mí y a los míos, no habiendo querido que nos las diéramos nosotros mismos, como reiteradamente se lo propuse desde que fuí sitiado con unos sesenta hombres que estuvieron a mi lado en la casa indicada, los cuales, sólo por disciplina para conmigo se reprimieron ante los ultrajes que recibían.

Como incidentes ocurridos diré, que alguno de los contramanifestantes se acercó a mí con navaja en mano y habiéndolo botado al suelo fué desarmado por varios de los presentes.

Tal fué la forma en que se llevó a cabo esa contramanifestación, que es un acto ignominioso para quienes la dirigieron y para quienes la verificaron, siendo un motivo de vergüenza para nuestra Patria.

Todo lo que dicho demuestra de lo que es capaz un partido que blasona de democrático. Con actos de democracia como los dichos, no sé cual podrá ser el desgraciado porvenir de la República".

Lo anterior que incuestionablemente tiene todo el enorme peso de una verdad histórica, nos lleva al convencimiento de que los actos todos del señor Madero y de la torpe camarilla de que se rodeaba, ora con este motivo, ora con aquél, no podrán ser más desacertados e impolíticos ni de tendencias más funestas para el país; y sin duda alguna que a medida que se sucedían iban acumulando en el corazón mismo del pueblo gérmenes de un profundo descontento y restándole todo género de simpatías al "leader", quien, no obstante, eternamente optimista y ya empezando a sentirse mareado por el vértigo de la altura, no quería dar oídos a los clamores de aquel descontento ni parar mientes en la ausencia de sus correligionarios, a cada momento más sensible.

Al desconocimiento del Partido Antirreeleccionista, partido nacional, de principios perfectamente definidos, que elevó al señor Madero a la categoría de candidato a la Presidencia de la República, sucedió la resolución del "leader" de formar en substitución de aquél, el Partido Constitucional Progresista; partido de filiación netamente personalista, que no perseguía otros fines que el encumbramiento al poder del señor Madero y de los suyos; partido que se hizo odioso en poco tiempo; formado por unos cuantos ambiciosos, maderistas de ocasión, pseudo-políticos acomodaticios que no buscaban más que su provecho personal y que sólo le dejó a la Patria, como recuerdos de su paso, felizmente fugaz, en los anales de nuestra historia política, los muy tristes e ingratos de la creación de la "Porra" en México, y la publicación de un libelo: "Nueva Era", que no respetó en su labor viperina ni la limpia personalidad del señor de la Barra, (1) y que superó con mucho en precocidad e impudicia, al "Debate" del corralismo, de tan triste recordación.

A estos desaciertos se sucedieron los no menos trascendentales de eliminación de la palítica activa del honorable doctor Vázquez Gómez y la burda im-

(1) En otro lugar transcribimos las ofensas de que fué víctima este honorable funcionario, entonces Presidente interino de la República.

posición del candidato Pino Suárez; a éstos la lapidación de que fueron víctimas el señor general don Bernardo Reyes y sus más connotados paritdarios, personas todas de honorabilidad y de prestigio y dignas de todo respeto, y después de estos actos que denunciaban en sus ejecutores una ausencia completa de cultura, de civismo y de honradez; actos que tomaban serias proporciones de verdaderos atentados, se sucedían otros y otros en interminable escala ascendiente y en alarmante aumento de intensidad.

Es así, como esta larga serie de torpezas que imprimieron fuerte carácter a la obra del maderismo, el XXV Congreso Federal fué también hollado en su decoro por el señor Madero, cuyos continuos desaciertos ni en la inviolable libertad de este alto Cuerpo legislativo, hallaron valladar.

Tratemos de analizar el caso.

Con motivo de la agitación armada que prevalecía aún en todo el país, pues debido a la tenaz intromisión del señor Madero en los asuntos públicos, así como a sus complacencias y debilidades con los rebeldes de Morelos, le fué poco menos que imposible al gobierno interino del señor de la Barra restablecer el orden y la paz en la República, eminentes políticos de la capital, examinando la cuestión, bien desde el punto de vista lagal, bien desde el poltico, externaron sus opiniones acerca de las elecciones presidenciales, en el sentido de que éstas debieran aplazarse hasta que al amparo de una paz efectiva y sin presión de ninguna naturaleza, hubiera podido el pueblo ejercitar libremente las funciones del voto; y de acuerdo con este parecer,

con el que comulgaban honradamente no pocos señores diputados, los principales partidos políticos, entonces en acción, y entre los que se contaban el Antirreeleccionista, Evolucionista, Reyista y Liberal Rojo; apoyados por más de cincuenta mil firmas de todo el país acordaron, si bien independientemente unos de otros, pedir oficialmente a las Cámaras de la Unión el aplazamiento de las elecciones de referencia. Fué el primero el Partido Liberal Rojo, el que, en asamblea general de 3 de septiembre, aprobó los siguientes acuerdos:

1o. No lanzar por ahora, dado el estado no pacífico moral y material de la República, ninguna candidatura.

2o. Hágase pedimento respetuoso en la forma especial al señor Presidente de la República y a la Comisión Permanente del Congreso para que se ordene el aplazamiento de las elecciones generales de Presidente y Vicepresidente para cuando esté completamente pacificada la República y se pueda garantizar la libertad de sufragio".

Armonizando con estos acuerdos, y persiguiendo el mismo patriótico fin, el Partido Evolucionista, del que es presidente el notable civilista, licenciado don Jorge Vera Estañol, hoy Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, con fecha 18 del mismo mes de septiembre elevó a la H. Cámara de Diputados un extenso memorial en el que entre otras se aducían las siguientes razones tendentes a conseguir el necesario aplazamiento del acto electoral que nos ocupa:

"A nadie se oculta que la República sólo tiene la apariencia de una situación pacífica; que bajo

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

esa apariencia existe en la realidad una revolución aún latente y en fermentación; un verdadero mar de fondo, que se agita y que se revuelve constantemente.

En esa situación la lucha electoral no será un acto cívico en que los ciudadanos vayan a elegir sus futuros Presidente y Vicepresidente; será una lucha armada en que vencerá el más audaz o el menos escrupuloso.

Y además de esto, que la revolución que ha costado tanta sangre, tanto dinero y tanta tranquilidad al país, habrá sido defraudada, quizás por una porción de los mismos que la provocaron, puesto que estará muy lejos de haberse realizado la suprema aspiración de crear un gobierno nacional sobre la base de un sufragio efectivo

La revolución tendrá entonces derecho a clamar sobre esa burla; la revolución se considerará autorizada para seguir los precedentes últimamente establecidos y no sabemos a qué extremos podrá llegar.

Podemos asegurar que un grupo de revolucionarios está dispuesto a todo, a todo menos a perder para su Jefe la Presidencia de la República, pues que el jefe de ese grupo ha manifestado en su telegrama del día 12 a la Cámara de Diputados, que no puede responder de lo que harán sus partidarios.

Sabemos que otra facción de los mismos revolucionarios es disidente, y que esa facción está dispuesta a reclamar el aplazamiento de las elecciones.

Por último, sabemos que el Partido que sostendrá como su candidato al señor general Bernardo Reyes, considera que no tiene garantías suficientes

en la actualidad, y que es ciertamnte forzoso que las elecciones se prorroguen''. (1)

Efectivamente, el país se mantenía aún en plena agitación armada; el zapatismo, en todo su apogeo, asolaba todas las poblaciones de Morelos e invadía con gran número de adeptos los Estados de Puebla, México y Guerrero, este último, además dominado en una gran extensión por rebeldes de Salgado; la guerra de castas, que había estallado con proporciones gigantescas en el Estado de Chiapas, hacía materialmente imposible el ejercicio del voto en aquella región; no había Estado, casi, de la República, en el que no se registraran diariamente sucesos sangrientos de mayor o menor importancia, y como si esto no hubiera sido bastante a probar que las elecciones que bajo tales circunstancias anormales se efectuaran carecerían de eficacia y de legalidad, puesto que millares de ciudadanos no podían concurrir a los comicios por las causas expuestas, tal falta de legalidad y de eficacia se acentuaba notablemente en el concepto de que, efectivamente, como lo asienta el memorial del Partido Evolucionista, un grupo muy numeroso de revolucionarios distribuídos en todo el país y con las armas en la mano ''estaba dispuesto a todo, a todo menos a perder para su Jefe la Presidencia de la República''.

No obstante, el señor Madero que a pesar de las algaradas que alzaba en su derredor la inconsciente multitud que lo recibía en sus giras de propaganda electoral, veía que su desprestigio entre los elemen-

(1) Memorial del Partido Evolucionista a la H. Cámara de Diputados, 18 de septiembre de 1911.